



Capítulo 298 - Lo encontré, cariño.

—Parece que se han ido —murmuró Vergil. Su voz grave resonó débilmente en las paredes de hormigón manchadas de moho y descomposición.

El silencio en el túnel abandonado era denso, casi sólido, como si el tiempo se hubiera detenido allí, sofocado entre las vías muertas y las historias que nadie quería recordar.

Caminaba con pasos lentos, sus botas resonando en los charcos poco profundos y sucios del viejo metro de Nueva York. Había algo de soledad en ese momento, pero no era una soledad común; era el tipo de aislamiento que solo alguien con demasiado poder y muy poca paciencia conocía.

La búsqueda se estaba volviendo tediosa.

Usando los fragmentos de memoria que había robado del cadáver de Alex, Vergil había estado rastreando cada lugar marcado, cada lugar que tal vez, solo tal vez, aún albergaba a un miembro de la llamada Facción 6.6.6.

Ese era el nombre. Sonaba teatral, casi infantil...

Pero había algo en los ecos que dejó esa organización que me ponía los pelos de punta. Algo andaba mal. Instintivamente mal.

En la vida, Alex no sabía mucho.

Él era sólo una de las muchas personas destrozadas que el mundo escupió.





Un joven que se había lanzado a esta secta con un deseo patético: borrar los recuerdos de su madre.

Virgilio ni siquiera pidió detalles.

Él no quería saber.

Era un problema familiar.

Y entendía lo suficiente sobre familias como para saber cuándo no meter la cara en ellas.

Lo único que le importaba era: la madre de Alexa estaba muerta.

Y eso... por alguna razón, era razón suficiente para que quisiera mantener a Alexa alerta. Aunque ella nunca se lo hubiera pedido.



Aun así, le había ordenado a Fenrhaem que no le revelara todo el contenido de los recuerdos de Alex. «Si tiene algo que ver con Alexa, no se lo digas. No me pertenece».

Era el tipo de decisión que no parecía coherente con el resto de su ser... pero Vergil ya no se molestaba en intentar parecer coherente. No después de todo.

—Le pido disculpas, mi señor —resonó de repente la voz gutural y reverente de Fenrhaem—. Hace semanas que se fueron.

Vergil lo miró de reojo. Una mirada que decía más que cualquier orden verbal.



Sin decir nada, el lobo simplemente hizo una reverencia y se disolvió nuevamente en su sombra, como un tatuaje viviente que regresa a la piel de su amo.

Entonces Vergil respiró profundamente; el olor a hierro, moho y abandono le desgarraba la garganta.

"Estoy harto de esta mierda". La ira se reflejaba en su voz, pero era viva. Era el tipo de frustración que no se grita, sino que se carga.

¿La verdad?

Él quería respuestas.

Pero más que eso... quería que todo terminara.

Se pasó una mano por el pelo y miró fijamente la oscuridad que tenía delante, como si pudiera darle una respuesta distinta a las anteriores. Pero no fue así. Era solo otro túnel vacío. Otro callejón sin salida. Otro eco de la nada.

—Debería dejarlo pasar. Debería haber dejado esta mierda en paz. —Le crujió la mandíbula—. Si no hubiera sido por Viviane... —Se le quebró la voz en la garganta.

Viviana.

El único que hizo que todo valiera la pena.





Quizás esa era la razón por la que no había dejado que el mundo ardiera a manos de este espectro. No es que le importara el mundo, le importaba un bledo...

Pero el hecho de que Spectre casi hubiera matado a Viviane... Eso fue suficiente.

Pero incluso eso empezaba a pesarle.

Vergil se apoyó en la pared húmeda; el frío hormigón le mordía la espalda a través de la camisa empapada de sudor y polvo. Echó la cabeza ligeramente hacia atrás, mirando el techo agrietado del túnel en desuso como si buscara una respuesta.

No llegó nada. Ninguna voz divina, ninguna revelación infernal. Solo el eco lejano del metro que aún circulaba arriba y el sonido apagado de la ciudad que nunca dormía... pero que parecía haberlo olvidado por completo.



Como si estuviera esperando que el propio universo le diera permiso para parar.

Pero el universo era sordo.

¡TIMBRE! ¡TIMBRE!

El sonido atravesó el aire denso como una navaja. Demasiado fuerte. Demasiado real.



Vergil sacó su celular del bolsillo de su chaqueta de cuero oscura. Ni siquiera se molestó en mirarlo; a estas alturas, cualquiera que aún tuviera el valor de llamarlo merecía ser escuchado.

"Adelante", dijo con voz baja, profunda y arrastrada.

Al otro lado de la línea, el silencio duró solo un segundo. Un segundo nítido.

Entonces una voz femenina, dulce como el veneno y envuelta en ese encanto inconfundible de quien habla sonriendo con los ojos cerrados:

—Por fin he conseguido hablar contigo, mi dulce... —Vergil no respondió, pero la comisura de su boca casi se levantó en algo que podría haberse confundido con una sonrisa.

Paimon.

La única persona del Infierno con la que aún hablaba por decisión propia, y quizás, la única que le hablaba por afecto genuino. Era literalmente el único demonio, después de sus esposas, con el que mantenía contacto.

"Y no solo te hemos encontrado a ti...", continuó, con un tono de placer burlón.
"Lo encontraron. A Spectre".

El aire se hizo más pesado en el túnel.

Vergil se apartó de la pared y se puso de pie, como si supiera instintivamente que la calma había terminado.

"¿Dónde?" preguntó seco como la pólvora.





"El Vaticano", respondió ella, casi en un susurro. "Está allí ahora... haciendo lo que mejor sabe hacer".

Ella se rió suavemente antes de continuar, como si estuviera contando una obra sangrienta.

Tres héroes se enfrentan a él. Guardianes de la tumba del último Papa. Olvidados del mundo, pero aún vivos... y fieles. Creen que pueden detenerlo.

"¿Pueden?"

"Claro que no", dijo Paimon con una risa ahogada. "Pero el espectáculo es precioso".

Vergil cerró los ojos un instante. Esto era lo que había estado buscando durante días, quizá semanas... y ahora la oportunidad estaba ahí, danzando ante él.



"No lo pierdas de vista", ordenó.

"Siempre, querido...", ronroneó. "Y Vergil..."

"¿Hmm?"

Deberías verlo con tus propios ojos. Spectre... ha cambiado. Es diferente. Es...



Dudó un momento, como si saboreara la palabra adecuada. "...pura. Como si la oscuridad finalmente hubiera olvidado imitar a la luz y se hubiera convertido en algo nuevo."

Después de eso la línea quedó en silencio.

Vergil se quedó allí, sintiendo la vibración del subsuelo como si el mismo infierno se estuviera agitando.

Lentamente guardó su teléfono celular en su bolsillo.

"Hora de misa."

[Vaticano - Dimensión de Batalla Interrumpida]

El cielo estaba negro como el pecado, pero las nubes no eran naturales. Estaban hechas de gritos, recuerdos olvidados y el humo de cuerpos quemándose espiritualmente.

El suelo, una vez sagrado, ahora se rompió en pedazos flotantes de piedra bendita: una cruz rota levitando en medio de la nada.

Spectre había aniquilado casi por completo el resto de la inquisición, concentrada en el Vaticano. Quienes sirvieron a Dios de forma perversa lucharon y murieron a manos suyas.

Estaba solo. Sí... vino solo a hacer toda esta escena... Algo impensable, dado que siempre andaba con gente fuerte a su lado.





Como Dante, Seraphina y Lucian... Sin embargo, allí estaba él... Matando a todos los demás.

Aunque parecía estar simplemente matando a voluntad, en realidad absorbía la esencia divina que cada uno de ellos portaba. Los caballeros ensangrentados eran utilizados como baterías sin siquiera saberlo.

Mientras tanto... tres seres luchaban contra él... aunque no estaban muy bien preparados para algo así. Todos eran Héroes en Entrenamiento...

La primera, una mujer alta con cabello corto y plateado como el acero. Vestía una armadura ligera y reluciente, forjada con las escamas del último dragón de Europa. En sus manos sostenía la lanza Balmung, heredada de Sigfrido, su antepasado directo, el cazador de dragones de la mitología germánica.

Su nombre era Eva Von Siegfried, y sus ojos, fríos como el invierno, eran firmes como espadas recién forjadas. Su presencia era nítida, recta, como un muro viviente que se negaba a caer.



Ya había perdido parte de su escudo, tenía el brazo izquierdo magullado, pero su concentración era absoluta.

"Vete", dijo ella, con una voz tan firme como el acero que llevaba, mientras su aura crecía y la piedra bajo sus pies comenzaba a agrietarse.

Spectre, al frente, simplemente sonrió con desdén: una sonrisita torcida, como si hubiera escuchado un chiste demasiado bueno para interrumpirlo.

Junto a Eva, dos jóvenes mantenían sus posiciones, no detrás de ella, sino a su flanco.



Socios. Guerreros.

La primera, a la derecha de Eva, era tan delgada como una espada diseñada por un maestro herrero.

Vestía ropa ligera, reforzada por placas flexibles de jade encantado.

Sus ojos, demacrados, eran fríos y calculadores, y mantenía la respiración controlada como un monje: sin prisa, sin vacilación.

Xiao Liang.

Portador de la Goujian, la legendaria espada del Rey de Yue, forjada hace milenios con el único propósito de nunca oxidarse y nunca ser derrotada.

La hoja descansaba en su vaina, pero su espíritu ya estaba en guerra.

No dijo mucho. Ni tampoco era necesario.

Sólo había que verlo desenvainar su espada para entender por qué la leyenda lo había elegido.

A la izquierda, más robusto y con mirada de furia silenciosa, estaba Arthur Díaz.

Su cabello oscuro y despeinado caía sobre un rostro marcado por cicatrices y determinación.





Llevaba un abrigo desgastado por la batalla, sin pompa, sin orgullo, solo propósito.

Atada a su espalda, llevaba Tizona, la espada sagrada de El Cid Campeador, el héroe español que empuñó el acero incluso después de la muerte.

Arturo no era un guerrero elegante.

Era crudo. Imparable.

Su fe era su arma y su ira, su combustible.

Odiaba a Espectro de una forma que nadie allí podía explicar, y quizá ni siquiera él sabía exactamente por qué. Pero la espada lo aceptó, y eso fue suficiente.



Los tres formaban un triángulo de voluntades diferentes pero igualmente inquebrantables.

Coraje.

Estrategia.

Fe.

El tipo de trío que verías en los libros de leyendas.

O en epitafios.

Spectre extendió los brazos.

Casi decepcionado.

"Tres fantasmas con juguetes viejos, apártense del camino", murmuró, y su voz resonó entre las ruinas profanadas de la fe.

La cruz caída.

El mármol roto.

El cielo sigue sangrando.

Y la guerra estaba a punto de comenzar de nuevo.

